

SEDE APOSTÓLICA
SANTO PADRE
Benedicto XVI

Catequesis

AUDIENCIA GENERAL

La oración de Jesús (2)

7 de diciembre de 2011

Queridos hermanos y hermanas:

Los evangelistas Mateo y Lucas (cf. Mt 11,25-30 y Lc 10,21-22) nos transmitieron una "joya" de la oración de Jesús, que se suele llamar *Himno de júbilo* o *Himno de júbilo mesiánico*. Se trata de una oración de reconocimiento y de alabanza, como hemos escuchado. En el original griego de los Evangelios, el verbo con el que comienza este himno, y que expresa la actitud de Jesús al dirigirse al Padre, es "*exomologoumai*", traducido a menudo como «*te doy gracias*» (Mt 11,25 y Lc 10,21). Pero este verbo indica principalmente dos cosas en los escritos del Nuevo Testamento: la primera es "reconocer hasta el fondo" —por ejemplo, Juan Bautista pedía a quien acudía a él para bautizarse que reconociera hasta el fondo sus propios pecados (cf. Mt 3,6)—; la segunda es "estar de acuerdo". Por tanto, la expresión con la que Jesús inicia su oración contiene su *reconocer hasta el fondo*, plenamente, la acción de Dios Padre, y, juntamente, su *estar en total, consciente y gozoso acuerdo* con este modo de obrar, con el proyecto del Padre. El *Himno de júbilo* es la cumbre de un camino de oración en el que emerge claramente la profunda e íntima comunión de Jesús con la vida del Padre en el Espíritu Santo, y se manifiesta su filiación divina.

Jesús se dirige a Dios llamándolo "Padre". Este término expresa la conciencia y la certeza de Jesús de ser "el Hijo", en íntima y constante comunión con Él, y este es el punto central y la fuente de toda oración

y los transmiten a la gente más sencilla, a los pequeños. Dios ha usado un estilo muy diferente: los destinatarios de su comunicación han sido precisamente los "pequeños". Esta es la voluntad del Padre, y el Hijo la comparte con gozo. Dice el *Catecismo de la Iglesia Católica*: «*Su conmovedor "¡Sí, Padre!" expresa el fondo de su corazón, su adhesión al querer del Padre, de la que fue un eco el "Fiat" de su Madre en el momento de su concepción y que preludia lo que dirá al Padre en su agonía. Toda la oración de Jesús está en esta adhesión amorosa de su corazón de hombre al "misterio de la voluntad" del Padre (Ef 1,9)*» (n. 2603). De aquí deriva la invocación que dirigimos a Dios en el padrenuestro: «*Hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo*»: junto con Cristo y en Cristo, también nosotros pedimos entrar en sintonía con la voluntad del Padre y llegamos así a ser sus hijos. Jesús, por lo tanto, expresa en este *Himno de júbilo* la voluntad de implicar en su conocimiento filial de Dios a todos aquellos que el Padre quiere hacer partícipes de Él; y aquellos que acogen este don son los "pequeños".

Pero, ¿qué significa "ser pequeños", sencillos? ¿Cuál es la "pequeñez" que abre al hombre a la intimidad filial con Dios y a aceptar su voluntad? ¿Cuál debe ser la actitud de fondo de nuestra oración? Miremos el Sermón de la montaña, donde Jesús afirma: «*Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios*» (Mt 5,8). Es la pureza del corazón la que permite reconocer el rostro de Dios en Jesucristo; es tener un corazón sencillo como el de los niños, sin la presunción de quien se cierra en sí mismo, pensando que no tiene necesidad de nadie, ni siquiera de Dios.

Es interesante también señalar la ocasión en la que Jesús prorrumpe en este *Himno* al Padre. En la narración evangélica de Mateo, es la alegría porque, no obstante las oposiciones y los rechazos, hay "pequeños" que acogen su palabra y se abren al don de la fe en Él. El *Himno de júbilo*, en efecto, está precedido por el contraste entre el elogio de Juan Bautista, uno de los "pequeños" que reconocieron el obrar de Dios en Cristo Jesús (cf. Mt 11,2-19), y el reproche por la incredulidad de las ciudades del lago «*donde había hecho la mayor parte de sus milagros*» (cf. Mt 11,20-24). Mateo, por tanto, ve el júbilo en relación con las expresiones con las que Jesús constata la eficacia de su palabra y la de su acción: «*Id a anunciar a Juan lo que estáis viendo y oyendo: los ciegos ven y los cojos andan; los leprosos quedan limpios y los sordos oyen; los muertos resucitan y los pobres son evangelizados. ¡Y bienaventurado el que no se escandalice de mí!*» (Mt 11 4-6).

lo, hablarle. La oración nos abre a recibir el don de Dios, su sabiduría, que es Jesús mismo, para cumplir la voluntad del Padre en nuestra vida y encontrar así alivio en el cansancio de nuestro camino. Gracias.

*(**Saludo** a los peregrinos de lengua española)*